

LA BATALLA POR STALINGRADO.

**Autores:
Álvaro Jiménez y Francisco Gálvez**

Capítulo 1: Una noticia inesperada

Era 19 de diciembre de 1940 y hacía mucho frío, ya que en la región de Siberia las temperaturas están bajo 0° C. Mi abuelo y yo salimos a buscar leña al bosque y a cazar algún ciervo.

—Alexei— dijo mi abuelo—. Coge el rifle que acabo de ver un venado.

Yo estaba muy nervioso, pues era la primera vez que iba a disparar a un animal.

—Alexei, no pienses en nada, sólo existes tú y tu presa, olvida el frío, olvida el miedo, apunta con pulso fino y dispara.

Las palabras me hicieron sentir un hombre, aunque yo sólo era un chico de 19 años. Disparé y fallé.

Volvimos a casa con las manos vacías, sólo con un puñado de leña para mantenernos calientes.

Llegamos a casa y la abuela estaba preparando un caldo de pollo. La casa era rústica, Hecha de madera y muy acogedora, la chimenea siempre encendida. Mi abuela era muy risueña, tenía el pelo plateado, era delgada y sus manos eran ásperas debido al duro trabajo del campo. Yo era un muchacho alto, delgado, aunque fuerte, rubio y con los ojos azules platino. No tenía muchas ambiciones, me dedicaba a cortar leña con mi abuelo y llevarla al mercado a venderla.

Aunque vivíamos lejos de Moscú, nos llegaban noticias de la guerra semanalmente. Los alemanes habían invadido toda Europa y nuestra Madre Patria estaba en peligro. Se sabía de muchos jóvenes rusos que se habían alistado voluntariamente al ejército y de otros muchos que se habían encargado de trasladar la industria a Siberia, lejos del odiado enemigo.

Por fin había terminado el invierno y aunque las temperaturas no subían de 10° C se notaba que había llegado la primavera.

El 15 de Abril de 1942 nos llegó una carta con la noticia de la guerra. Los nazis habían invadido toda la parte occidental de la URSS y la gente se retiraba en desbandada. Habían invadido ciudades importantes como Moscú y Stalingrado, donde se encontraba la mayor parte de la fuerza política de nuestra Patria.

Hitler había incumplido su promesa de “no agresión a la URSS” y había creado un sentimiento de ira y venganza en nuestros corazones.

— ¡Malditos fascistas! — exclamó mi abuelo, el cual había pertenecido al Ejército Rojo.

A la semana el cartero trajo nuevas noticias junto con una carta con el sello de la comisaría de defensa del pueblo:

▪ Orden N° 227 por el pueblo. Comisario de defensa de la URSS.

Es tiempo de parar la retirada. ¡Ni un paso atrás! Este será nuestro eslogan desde ahora. Debemos proteger cada posición y cada metro de suelo soviético tozudamente, hasta la última gota de sangre. Agarraremos cada pedazo de nuestro suelo y lo defenderemos tanto como sea posible. Los alemanes no son tan fuertes como el pánico, eso dicen los charlatanes. Están estirando sus fuerzas al límite. Soportar su golpe ahora significa asegurar la victoria en el futuro.

Todos los que se retiren sin órdenes desde arriba son traidores a la Madre Patria y serán tratados como tal: temerosos, cobardes, traidores y cobardes serán exterminados en cuanto se les vea. Cumplir estas órdenes significa salvar a nuestra Madre Patria, y vencer al odiado enemigo.

Esta es la llamada de nuestra Madre Patria.

El comisario del pueblo para la defensa:

Joseph Stalin

En mis abuelos quedó una cara de estupefacción porque además de esa carta venía un formulario para alistarse en el ejército obligatoriamente. En ella decía que se nos proporcionarían alimentos, armas, ropa y cobijo.

Mi abuelo era demasiado mayor para participar en la guerra por lo que yo tuve que sustituirle.

— No pienso permitir que mi nieto vaya a la guerra— dijo mi abuelo.

— Abuelo, iré y defenderé nuestra Patria y a mi familia — dije yo —. Además, me has enseñado a disparar y a mantenerme firme en situaciones de riesgo. Os prometo que volveré sano y salvo.

En la carta pone que debo presentarme en el cuartel Mikaelov este Agosto, hasta entonces estaré practicando con el arma.

Capítulo 2: La gran batalla

Llevaba cuatro meses disparando a una diana seis horas todos los días y llegó por fin el momento de partir al cuartel. Este se encontraba cerca de la ciudad de Stalingrado.

Me despedí de mis abuelos y partí a la estación de tren.

Una vez allí encontré a muchos camaradas soviéticos con maletas que, seguramente, se dirigían al mismo destino que yo, monté en el tren y una bocina dio la orden de salida. Me senté con algunos camaradas y comentamos lo de la carta y lo mucho que odiábamos a los nazis. Borodin decía que el vivía antes de la guerra en Stalingrado y que su padre se quedó para defender la ciudad, no tenía noticia de él desde que se fue.

Al llegar a la estación, la cual se encontraba a un lado del río Volga, se veía la ciudad en ruinas al otro lado.

Estuvimos andando durante cinco kilómetros hasta llegar al cuartel. Una vez allí, nos metieron a todos en las duchas, nos despiojaron y nos dijeron que nos pusiésemos el uniforme. A un chico llamado Federov lo trataron bruscamente debido a que se negaba a quitarse la ropa se lo llevaron al patio y con una manguera a presión lo mojaron y lo dejaron secarse al frío.

— ¡Que esto sirva de lección a todos los demás!— dijo un oficial —. Si a alguien se le ocurre desobedecer órdenes yo mismo me encargaré de que cumpla un castigo ejemplar.

En el cuartel se rumoreaba que el 18 de Septiembre ha sido la fecha elegida por el Gran Camarada Stalin para reconquistar Stalingrado. Todos estábamos muy nerviosos pues tan sólo faltaban quince días para la fecha y lo único que habíamos aprendido en el cuartel era disciplina, que si nos retirábamos nos ejecutarían y que en el campo de batalla deberíamos ayudarnos unos a otros.

— ¡Llegó el gran día camaradas! —Gritaba un oficial en el puerto—. Al otro lado podéis ver nuestro objetivo, ¡Stalingrado!

Estábamos al otro lado del río y observábamos atónitos la nube de polvo que cubría la ciudad, el ruido de los aviones Stutgarth alemanes sobrevolando el río y hundiendo las embarcaciones que cruzaban a muchos hombres valientes a la ciudad. En una de las embarcaciones nos tocaba subir a nuestro escuadrón. Borodin, Federov, Kyznetsov, Gromov, Andropov, Leonov, Mkarov, Lazarev, Filatov y el coronel Petranco subimos a un barco de transporte y vimos como empezábamos a alejarnos de la orilla.

— ¡Comaradas! —Empezó a hablar el coronel—. En este día os sentiréis más orgullosos de haber vivido. Combatiréis con los fascistas nazis con todas vuestras fuerzas. Cada soldado soviético que caiga se lo haréis pagar con diez de los suyos, no habrá piedad para los derrotistas, cobardes y traidores. Cualquiera que sea sorprendido abandonando su puesto ¡será fusilado! Recordad la orden del gran camarada Stalin: ni un paso a atrás. Estaréis bien equipados para las batallas que os esperan. Tendréis comida, agua, armas y gran cantidad de munición.

Mientras hablaba el coronel los aviones alemanes destruían las embarcaciones de nuestro alrededor, éstas explotaban y los soldados saltaban por los aires. Todos nosotros estábamos aterrorizados.

— ¿Qué creéis que tienen los alemanes? —prosiguió el coronel como si no sucediese nada a su alrededor—. ¡Nada! Sus líneas de suministros se han estirado demasiado. Su carrera hacia el Volga les ha dejado sin los medios adecuados para una lucha adecuada. Con nuestra fuerza superior, con nuestro número y con nuestro coraje sin límites ¡La victoria es nuestra! ¡Pararemos a los invasores fascistas allí en Stalingrado!

Un Stutgarth sobrevoló nuestra embarcación produciendo un ruido ensordecedor.

— ¡Cuidado! —dijo Federov—. ¡Vuelven de nuevo!

El avión alemán volvió a sobrevolarnos disparando una ráfaga de balas y aunque algunos intentaron defenderse, las balas mataron a uno de los oficiales y a Kyznetsov. Otros tantos soldados saltaron de la barca

— ¡Traidor! — Gritaron los oficiales —. ¡Sin retirada! ¡Matad a los traidores!

Dispararon con las ametralladoras a los hombres en el agua y los aniquilaron.

Por fin llegamos al embarcadero y de todos los hombres que subimos a aquel barco sólo pudimos desembarcar vivos Borodin, el coronel Petranco, Federov y tres soldados más.

Había una fila de hombres esperando para recibir un arma. Muchos de ellos se peleaban por coger un rifle, pues no había suficientes armas para todos. A los que no llevaban armas se les entregó un cartucho de munición.

—Un hombre lleva el rifle— decía el que repartía las armas —. Otro lleva la munición. El hombre del rifle dispara el otro le sigue. ¡Cuándo el hombre del rifle muera el otro deberá coger su rifle y disparar!

A mi amigo Borodin le tocó un rifle y a mí me tocó seguirle con la munición.

Debíamos subir por una colina hasta llegar hasta las calles de Stalingrado. La colina era muy empinada y estaba llena de cadáveres y de edificios en ruinas, pues en la cima de la colina se encontraba varios tanques y puestos de ametralladoras (MG42) dirigidas por alemanes. Decenas de escuadrones rusos intentaban subir, pero tarde o temprano eran abatidos por las ametralladoras, por los disparos de tanques o por los aviones Stutgarth.

Mis camaradas y yo empezamos a subir por la colina corriendo todo lo que podíamos. El primero en morir fue Gromov, le alcanzó una bala en la cabeza y se desplomó, los demás seguimos corriendo hasta cubrirnos en una pared.

— ¡Adelante camaradas! — Gritó el coronel Petranco—.

El coronel salió corriendo el primero, pero un disparo de mortero lo hizo volar por los aires y mutilándolo. Al morir el coronel, Borodin cogió el mando del escuadrón. Borodin nos mandó a mí y a Federov a hacer de señuelo para poder disparar a las ametralladoras.

— ¡Camaradas! —Exclamó Borodin— No tengo una línea de visión clara de esos artilleros de arriba. Cuando recarguen saldréis corriendo a ese coche destruido de ahí.

— ¡A mi señal! ¡Preparado! Muy bien ¡¡¡corran, corran!!!

Federov y yo salimos a toda prisa a cubrirnos detrás del coche. A mí me pasó rozando una bala por el hombro y a Federov lo hirieron en la pierna.

— ¡Alexei! —Gritaba Federov— ¡Socorro!

Pero antes de poder hacer yo nada, un alemán lo acribilló a balas.

Borodin disparó al artillero y le reventó la cabeza, después vino corriendo hacia mi posición y con él los demás miembros de la escuadra.

— ¡Valla, amigo! O tienes mucha suerte o una cabeza muy pequeña.

Desde esta posición divisamos unos muros y pensamos que allí estaríamos más seguros.

— ¡Atención camaradas! ¡Todo el mundo a esos muros de allí! —dijo Borodin.

Todos salimos corriendo, pero las balas alcanzaron a los desafortunados Leonov y Filatov, los cuales murieron en el acto.

Detrás de los muros había otro soldado ruso con una radio pidiendo al mando que lanzase artillería sobre la playa.

— ¡Agachad todos la cabeza! —gritó el soldado.

Desde el otro lado del río se veían destellos detrás de la montañas y acto seguido, los proyectiles impactando sobre los alemanes.

— ¡Ánimo camaradas! ¡Tenemos que recuperar la Plaza Roja! —gritó Borodin y salimos corriendo por las calles de Stalingrado.

Cuando llegamos a la plaza, antes de cargar estábamos todos reunidos detrás de unos muros y los alemanes nos esperaban al otro lado de la plaza con varios tanques, ametralladoras y francotiradores en los edificios.

— ¡No dudéis camaradas! ¡No retrocedáis ni un paso! —Dijo un oficial—Por la madre Rusia camaradas, no le deis la espalda. ¡Victoria o muerte!

Y con un silbato dio la voz de salida. Salieron soldados rusos escondidos por todos los rincones de la plaza y los alemanes abrieron fuego. Muchos soldados empezaron a morir pues en la plaza no habían muchos sitios donde esconderse.

Borodin y yo íbamos agachados. Yo me encontré un fusil de asalto de un soldado soviético caído. Nos escondimos en una casa la cual parecía estar desierta. De repente vimos una granada rodando hacia nosotros y Borodin, en un acto heroico se lanzó sobre la granada.

— ¡Borodin nooo!

—Ha sido un honor luchar a tu lado Alexei...

La granada estalló y los restos del cuerpo de mi amigo se esparcieron por toda la habitación y mi uniforme se manchó con su sangre. En ese momento sentí una gran sed de venganza. Cogí la ametralladora y acribillé sin piedad uno a uno a todos los soldados alemanes que se encontraban en la casa.

Cuando llegué a la azotea de la casa maté a un francotirador alemán, cogí su rifle y desde esta posición comencé a abatir a todos los soldados alemanes de la plaza. También veía a muchos camaradas morir por el fuego de los tanques, contra esto yo no podía hacer nada pero recordé a aquel soldado en los muelles que mandó fuego de artillería sobre la playa y fui en su busca.

Baje a la parte de abajo y intenté buscar al soldado de la radio. Había muchos cadáveres pero mis camaradas avanzaban cada vez más hacia los alemanes. Escondido tras una roca se encontraba un soldado temblando y muy asustado llevaba una radio ¡era él! Era el mismo soldado que me encontré en los muelles.

—Escucha camarada —dije— llama a la base y di que bombardeen con artillería la plaza Roja con estas coordenadas que te voy a dar.

El soldado estaba tan asustado que no atendía a razones. Le quité la radio y hablé con el mando, les di las coordenadas y unos segundos después comenzaron a caer proyectiles sobre los tanques.

Capítulo 3: Un esperanzador porvenir

Los soldados estallaron en júbilo, ¡habíamos conquistado la Plaza Roja! Los prisioneros alemanes fueron ejecutados.

Algunos oficiales se acercaron a mí y me dieron las gracias por todo lo que había hecho, me ascendieron a capitán y me dieron mi propio regimiento de hombres.

Ese mismo día escribí una carta a mis abuelos:

Queridos abuelos:

Ha pasado mucho tiempo desde que salí de casa y os he hecho mucho de menos. Hoy hemos reconquistado Stalingrado y me han nombrado capitán. La guerra todavía no ha acabado. Dentro de unos días marcharemos hacia Polonia liberando los distintos pueblos y ciudades a nuestro paso. Las cosas han cambiado mucho, de tan solo tener infantería y armas insuficientes, nuestra patria ha logrado producir tanques que abren brechas en el frente y aviones para cubrir la retaguardia.

Tras esta batalla a los hombres se les ve mucho más entusiasmados y moralizados y aunque he perdido buenos amigos y he visto las barbaridades que pueden llegar a hacer los nazis, hoy me siento optimista. Me atrevería a decir incluso que llegaremos a Berlín y acabaremos con el odiado fascismo.

Hitler tiene sus días contados y nuestra gran Madre Rusia será la vencedora en esta contienda.

Os prometo que pronto estaré de vuelta en casa.

Os quiere:
Capitán Alexei Vilanov

La Batalla por Stalingrado

Novela



Enciclopedia Encarta, Archive Photos